

Desalmado capital

SANTOS JULIÁ, El PAÍS, 24/04/2011

Parece como si sonara a nuevo: que los gobiernos no son ya depositarios de la soberanía nacional, sino meros ejecutores de órdenes que emanan de los centros del poder financiero; que los políticos han sucumbido ante las exigencias del capital, llamado ahora los mercados; que es preciso despertar y mostrar la rabia y el enojo a plena luz del día, en la calle; que hay que recuperar la autonomía de la acción política frente a los mandatos de poderes económicos.

Parece nuevo, pero a quien se haya dado una vuelta por el siglo XIX toda esta literatura le tiene que sonar más que familiar, pura rutina. Nadie expresó con más fuerza la confusa relación simbiótica entre poder del Estado y poder del capital que Karl Marx cuando atribuyó a una "superstición política" la ilusión de que "el Estado debe mantener ligada la vida burguesa, cuando en realidad es la vida burguesa la que mantiene ligada la cohesión del Estado". Una superstición política, a eso se reduce creer que, ahora como en tiempos pasados, Estado y capital fueron o sean entes autónomos, cada uno con una esfera propia de actuación.

Lo nuevo hoy, como hemos comprobado en nuestras propias carnes, no es que el Estado venga en ayuda del capital; lo nuevo es que el capital ya no se personifica en la burguesía que inspiró al Viejo Topo su memorable canto. Aquella burguesía, que tuvo su origen en el frío cálculo racional de raíz calvinista, acabó por descubrir que era de su interés elevar el nivel de consumo del proletariado, favorecer la extensión de las clases medias y sostener la capacidad fiscal del Estado para producir bienes públicos. Mal que bien, después de la catástrofe de las dos guerras mundiales, esa burguesía, con su cohorte de aliados, se entendió con la clase obrera devenida socialdemócrata para mantener el llamado Estado de bienestar.

Pero esa burguesía ha desaparecido: en el desolador documento que es *Inside Job* no aparece ningún burgués, ningún propietario de medios de producción. Todos, desde el profesor de Harvard hasta el secretario de Economía de Obama, son profesionales de las finanzas; aparte del yate y de la mansión, ninguno es propietario más que del arte de fabricar unos papeles que no son ya dinero, ni crean dinero, pero de los que ellos se valen para nadar en montañas de dinero. Tipos más bien miserables, sin más pasión que

la de colocar en el mercado sus productos-basura y... lamentar ante un comité de congresistas haber dejado el rastro de sus fechorías en un *e-mail*.

¿La diferencia con la burguesía? Entre otras, que cuando Ford fabricaba un coche, allí estaba el coche, nuevecito, reluciente, listo para ser adquirido por el obrero que lo había fabricado y circular por grandes autopistas. Pero cuando estos fabricantes de humo lanzan alguno de sus imaginativos productos al mercado, no hay nada detrás excepto codicia y rapiña; cuanto más basura sea el producto, más dinero apañan, como demuestra el analista financiero de *Inside Job* cuando presume de la bonita suma de dólares que se ha llevado al talego por plagiar un deleznable informe elaborado por un banco islandés.

Aquella en otro tiempo clase dominante tenía, a pesar de la racionalidad de sus cálculos, un alma, una pasión, la de crear riqueza, abandonando a la mano invisible del mercado el cuidado de repartirla; cuando el mercado reventó, se avino a que el Estado asumiera la función de gran redistribuidor. Por supuesto, seguía siendo una superstición política creer que el Estado se había vuelto autónomo en su relación con el capital; pero resultó una superstición provechosa, tanto para la burguesía como para el Estado y para quienes se beneficiaron de su papel redistributivo.

La nueva clase financiera, sin embargo, es desalmada: no bien el Estado ha acudido a su rescate y ya vuelve a repartirse, sobre las ruinas provocadas por ella misma, los millones de dólares como si aquí no hubiera pasado nada. Y si la vieja burguesía hubo de avenirse a un compromiso, es claro que a esta nueva clase el Estado no sabe o no puede protegerla de su propia codicia; no le queda más opción que destruirla. Pero cómo y quién pondrá el cascabel a un gato capaz de arrastrar en su caída a todo el sistema financiero es cosa que necesitaría de otro Viejo Topo para poner en claro. Y no es el menor de los éxitos de quienes circulan por las gélidas entrañas del desalmado mundo del capital financiero haber cegado todas las galerías que daban cobijo a las pobres crías de los viejos topos.

Parados y en la calle, indefinidamente

SANTOS JULIÁ, EL PAÍS, 22/05/2011

Los datos de la última Encuesta de Población Activa (EPA), relativos al primer trimestre de 2011, son realmente devastadores. Y no solo porque roceamos ya los cinco millones de parados, sino porque esa magnitud no obedece a un aumento de población activa sino a una interminable destrucción de empleo. Que pasados tres años del comienzo de la crisis no cese la pérdida de puestos de trabajo mide bien la profundidad de este desastre y anuncia una larga e incierta recuperación. Nada, no hay trabajo. Y además, no hay perspectiva de que vaya a haberlo en un futuro previsible. Cinco millones de españoles se levantan cada mañana sin maldita la posibilidad de ponerse a trabajar, ni aunque estuvieran dispuestos a cobrar menos de los célebres mil euros mensuales.

No es habitual que quienes atraviesan por esa situación dispongan de oportunidades ni de recursos para manifestar su protesta en alguna de las formas de acción colectiva habituales en sociedades democráticas: nuestro mundo se ha construido de tal manera que vuelve invisible el drama por el que atraviesan los desocupados, los mayores que acaban de ser despedidos, o los jóvenes que no tienen manera de encontrar su primer empleo. Están ahí, lo sabemos, pero rápidamente los reducimos a un número más de una fastidiosa estadística. No aparecen sino en largas colas, silenciosos, sin que ninguna organización defienda sus intereses, atomizados, incapaces de actuar. Los sindicatos altamente burocratizados de nuestro tiempo defienden los intereses de los trabajadores con empleo y dan la espalda a quienes no lo tienen. En España, han sido además un factor decisivo en la consolidación de una enorme bolsa de trabajo llamado temporal, un eufemismo que oculta el perverso sistema de rotación de empleo-despido-empleo en la misma empresa, una rueda capaz de triturar las ganas de vivir del más pintado.

Tan invisibles se habían vuelto los parados que no faltaban voces que consideraran estos datos como cuentos de miedo fabulados por la EPA. Que no podía ser, vaya; que si fueran tantos, esto habría explotado ya hace tiempo. O bien, si hablaban los gobernantes: que era una situación transitoria, provocada por una crisis mundial; que nunca, de ninguna manera, llegaríamos a los tres, a los cuatro, y ahora a

los cinco millones; que ya nos estábamos recuperando, y toda esa monserga oficial que ha servido para cavar un abismo de hartura y rechazo entre este sector de la ciudadanía y la clase política, sea cual fuere el color de que se vista. Cayo Lara, que la culpa es de la ley electoral; Zapatero, repitiendo el gesto de la ceja, o Rajoy, de rodillas ante la lista de corruptos, se han lucido en sus respectivas campañas.

¿Todos iguales? No, no todos son iguales, ya lo sabemos; lo que pasa es que las diferencias entre unos y otros no son visibles desde el pozo sin fondo en que se encuentran hundidos cinco millones de parados. Por eso han decidido salir a la superficie, no precisamente para votar, sino para elevar su voz desde la calle. Y lo hacen dirigiéndose a los centros simbólicos de poder con intención de quedarse. ¿Qué ocurrirá si se quedan para siempre, si un día todos los parados y desocupados de España deciden acampar en las plazas mayores y calles adyacentes de pueblos y ciudades? Puesto que no tienen que ir a trabajar y no pueden ser despedidos, no sería descabellado que decidieran volverse masivamente visibles en una nueva forma de acción colectiva que nada tiene que ver ni con los mayos del 68 ni con la manifestación bien ordenada, encuadrada por servicios de orden de sindicatos, con salida en un punto y dispersión en otro. ¿Podríamos soportar la visión de una acampada de duración indefinida, como es también sin fin su desocupación?

Nadie sabe qué será de esta nueva forma de presencia de gentes con razón airadas en la calle. En los sistemas de Estado de bienestar contruidos desde la Segunda Guerra, los parados eran un resto de la fuerza de trabajo a cargo de la seguridad social. Pero eso se ha acabado: ahora, entre nosotros, son más del 20% de los activos y no hay seguridad social que aguante su peso. Ni ellos saben de momento qué hacer, más que salir a la calle y reclamar "democracia real ya"; ni los gobiernos, partidos, o sindicatos, saben qué contestar, más que mirarlos y esperar que despejen. Pero ¿y si no despejan, y si una vez que han salido a la calle ya no vuelven a casa a lamerse, ellos solos en su soledad, las heridas incurables del paro?